



sabée, innumerables como las arenas del mar, y caer sobre David como el rocío cae sobre la tierra, para que no pueda escapar ni él ni ninguno de los suyos. En cualquiera ciudad que entre, todo Israel rodeará las murallas con cuerdas, y nosotros le arrastraremos dentro del torrente sin que de ella quede una pequeña piedra. Absalom y sus consejeros aprobaron este dictámen. Cusai hizo saber el resultado de la liberación á los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y estos, por medio de mensajeros á David, aconsejaronle no permanecer en los llanos y si pasar el Jordan.

Estos mensajeros eran Aquimaas, hijo de Sadoc, y Jonathás, hijo de Abiatar, los cuales se detuvieron á alguna distancia de la ciudad cerca de una fuente. Una criada, fingiendo que iba á sacar agua, les dió aviso de todo; pero un niño los vió y se lo dió á Absalom. Iban perseguidos, y cuando ya estaban para ser cogidos,

se entraron en la casa de un hombre que tenía un pozo á la entrada, y se ocultaron en él. La mujer de este hombre puso una manta y la extendió sobre el pozo, como para indicar que estaba secando grano. Y cuando las gentes de Absalom le preguntaron: «¿Dónde están Aquimaas y Jonathás?» respondió: «Pasaron de prisa después de beber un poco de agua.» De este modo evadieron las pesquisas de los que les perseguían.

Aquitofél, despechado por no haberse seguido su consejo, ensilló su asno, volvióse á su ciudad natal, á Silo; arregló sus negocios y se ahorcó, pensando en todo, ménos en Dios y en su salvación. Traidor á su rey, muere despreciado, como morirá el traidor á su rey y á su Dios, Judas, de quien era figura Aquitofél (1).

(1) 2 Reg., 17, 1-23.

CAPÍTULO XXI

Peligro y libramiento de los hijos del gran sacerdote.—Derrota y muerte de Absalom.—Dolor de David.—Perdona á sus adversarios y recompensa á los suyos.—Rebelion de las once tribus.—Asesinato de Amasa.—Muerte de Séba y fin de la rebelion.—Expiación de las crueldades de Saul con los gabaonitas.—Bella conducta de David con los restos de Saul y de sus hijos.—Derrota de los filisteos.—Peligro que corre David.—Empadronamiento ilícito del pueblo.—La peste.—Súplica de David.—Fin del castigo.—David compra el terreno del templo.

David supo en seguida el aviso que le habían dado, y atravesando el Jordan con su pequeño ejército, acampó en Mahanaim, donde el patriarca Jacob encontró otra vez el campo de Dios cuando él temía á su hermano. Allí, tres personajes importantes, dos de Israel y el tercero de Sobi, hijo de Naas, ammonita, á quien David, segun una tradición de San Jerónimo, había hecho rey en lugar de su hermano Hanon, vinieron á traerle á él y á los suyos con mucha generosidad toda clase de viveres y provisiones.

Absalom les siguió con un ejército numeroso, y acampó en Galaad. David dividió los suyos en tres cuerpos, bajo las órdenes de Joab, Abisaia y Etai, de Geth. Quiso ir él mismo al combate, pero el pueblo respondió: «No ireis, porque bien sea que huyamos, ó que muramos, la mitad, ni creerán seguro su triunfo, ni se entregarán á la alegría y regocijo, porque vos solo valeis por diez mil. Es mejor que os quedeis para defender la ciudad.» El rey díjoles: «Yo haré lo que juzgueis más conveniente.» Se detuvo cerca de la puerta, y el pueblo salió dividido en bandos de ciento y de mil. Y el rey recomendaba á Joab, Abisaia y Etai: «Salvad á mi hijo Absalom.» Y todo el pueblo oyó al rey que recomendaba á Absalom á todos los jefes.

La batalla se dió en un bosque de grande extensión. El ejército de Absalom fué cortado en porciones, y él mismo, en su precipitada huida, quedó suspendido por la cabeza entre las ramas de una encina, en donde, pasando ade-

lante su mula, le dejó suspendido entre el cielo y la tierra. Un hombre se lo dió á Joab, el cual respondió: «Si tú le has visto, ¿por qué no le clavaste con tu espada hasta la tierra? Yo te habria dado diez monedas de plata y un tahalí (cinturon de que cuelga la espada).» Pero el hombre replicó: «Aunque me pusiérais en las manos diez monedas de plata, no pondria mi mano sobre el hijo del rey, porque nosotros hemos oido al rey que te recomendaba á tí, á Abisai y á Etai: «Salvad á mi hijo Absalom.» Y si yo hubiera hecho con peligro de mi vida una acción tan temeraria, no habria quedado oculta, y tú mismo te hubieras levantado contra mí.» «No se quedará así, replicó Joab, sino que yo le atacaré en tu presencia; y tomando tres venablos, hirió á Absalom en el corazon. Como aún respirara suspendido de la encina, dos jóvenes escuderos de Joab acudieron y le acabaron dematar. Inmediatamente Joab tocó la trompeta é hizo retirar al pueblo, á fin de que no persiguiera más á Israel, que huía, por no fatigar á la multitud. El cuerpo de Absalom fué arrojado á una gran fosa en el bosque, y cubierto con un monton de piedras. Su ejército se dispersó, y cada cual se volvió á su casa (1).

Así pereció este hijo desnaturalizado, que por satisfacer una loca ambición, no tuvo inconveniente en atentar contra el honor y la vida de un padre que le habia perdonado un fratricidio, y de afligir á su país con los horrores

(1) 2 Reg., 18, 1-17.



de una guerra civil. Ambición tanto más loca é insensata, cuanto que él no tenía hijos á quienes dejar el trono usurpado; testigo de esto la columna que habia levantado en el valle del Rey «para perpetuar mi nombre, decia él, en atención á que no tenía hijos, y que, en efecto, se llamó la mano, ó el monumento de Absalom (1)».

Aquimaas, hijo del gran sacerdote Sadoc, suplicó á Joab que hiciera saber al rey la victoria. Joab le disuadió, porque la noticia no debia serle muy agradable, á causa de la muerte de Absalom; sin embargo, envió á Cusi. Aquimaas renovó la súplica, y Joab, habiendo consentido al fin, mandó á otro por un camino más corto, y dejó atrás á Cusi. David estaba sentado á las puertas de Mahanaim, cuando un centinela, que estaba colocado sobre la muralla, descubrió un hombre que corría, y lo puso en conocimiento del rey. «Si viene solo, dijo David, nos trae buenas noticias.» El centinela dió aviso de un segundo. «Este, respondió David, también trae buenas nuevas;» acabándose de convencer cuando el centinela reconoció á Aquimaas en el primero. Aquimaas llegó, en efecto, y anunció la victoria. David le preguntó al momento: «¿Y mi hijo Absalom, vive?» Aquimaas contestó que cuando le envió Joab, habia oído un gran tumulto; pero que no sabia más. Llegó después Cusi, y dijo: «¡Buena noticia, mi rey y señor!...» «¿Vive mi hijo Absalom?...» «Como á él le ha sucedido, dijo, así les acaezca á todos los enemigos de mi señor el rey, y á todos los que se subleven contra él.» El rey, lleno de dolor, se subió á su cámara, que estaba encima de la puerta, se puso á llorar, y andando decia: «¡Hijo mio Absalom! ¡Absalom, hijo mio! ¿Quién me diera que yo muriera por tí, Absalom, hijo mio, hijo mio Absalom (2)?»

La profunda aficción de David por su desgraciado hijo, que bajó á la tumba con tantos crímenes, se comunicó al ejército victorioso. El pueblo, silencioso, se fué á la ciudad, á la manera de un pueblo que ha sido vencido y

(1) 2 Reg., 18, 18.

(2) Ibid., 18, 19-33.

que huye del campo de batalla. El rey se habia cubierto la cabeza, y clamaba en alta voz: «¡Hijo mio Absalom, Absalom, hijo mio!» Joab se picó vivamente. «El solo, por su desobediencia, habia ocasionado este enojoso contratiempo.» Entró á ver al rey, y le habló con libertad y con dureza: «Hoy habeis sembrado la confusión en el rostro de todos vuestros siervos, que han salvado vuestra alma y la de vuestros hijos é hijas, y la de vuestras mujeres y concubinas. Amais á los que os aborrecen, y aborreceis á los que os aman. Y hoy mismo habeis demostrado que pensais muy poco en vuestros oficiales y en vuestros siervos. Y ahora veo con claridad que si vuestro hijo Absalom viviese y nosotros hubiéramos muerto en su lugar, os hubiera sido esto muy grato. Ahora pues, levantaos y presentaos, y hablád al corazón de vuestros siervos; pues yo os juro por Jehová, que si no salís, no quedará esta noche nadie con vosotros, y tendreis por qué temer mayores males que los que sobre vosotros han sobrevenido, desde que erais niño hasta el presente.»

David, preocupado como estaba por su dolor, comenzó á pensar en lo que le dijo el hombre que en apariencia le trataba mal, y en efecto, le aconsejaba bien; y dándole crédito, salvó el Estado. Fué, pues, á sentarse á la puerta, es decir, en el lugar donde tenían las sesiones públicas, que entonces se celebraban á la puerta de las ciudades. Luego que se extendió la nueva, todo el pueblo se reunió y vino á pasar revista delante del rey (1).

Los ancianos de Israel comenzaron bien pronto á sentir su defecion. Se acordaban de los grandes actos del rey, tan frecuentemente victorioso, quien ahora se habia visto obligado á huir en su reino delante de su propio hijo. «El rey nos ha librado de mano de nuestros enemigos, se decia el pueblo en todas las tribus; nos has salvado de mano de los filisteos. Y ahora ha huido de su tierra delante de Absalom. Sin embargo, Absalom, á quien nosotros hemos consagrado para príncipe nuestro, ha muerto en el combate. ¿Esperais acaso en hacer venir

(1) 2 Reg., 19, 1-8.



al rey?» David, que era sabedor de todo lo que se decia, dijo á los ancianos de Judá, por mediación de los sacerdotes Sadoc y Abiathar: «¿Por qué no pensais en hacer venir al rey? Sois mis hermanos, sois mis huesos y mi carne; ¿por qué habiais de ser vosotros los últimos en hacer venir al rey?» Mandó hacer tales proposiciones á Amasa, que habia sido general de Absalom, con la promesa de nombrarle á él en lugar de Joab. Así ganó el corazón de todos los hombres de Judá, como si se tratara de uno solo.

Cuando el rey regresó, Semei, que habia salido á su encuentro con mil hombres de Benjamin, arrojándose á sus piés, reconoció su crimen é imploró su gracia. Abisai le dijo entonces: «¿Y bastará esto para salvar de la muerte á Semei, que ha maldecido al ungido de Jehová?» Pero David le respondió: «¿Qué hay entre vosotros y entre mí, hijos de Sarvia? ¿Por qué sois hoy mis adversarios? ¿Se dará acaso hoy muerte á alguno en Israel? ¿Y puedo yo ignorar que hoy soy rey de Israel?» Despues, volviéndose hácia Semei, le dijo: «Tú no morirás.» Y se lo juró.

Mifiboseth, hijo de Saul, bajó también al encuentro del rey con los piés sin lavar y la barba sin afeitar, y tampoco habia lavado sus vestidos desde el dia en que el rey se habia ido hasta el en que habia vuelto en paz.

Habiendo venido á su encuentro á Jerusalem, el rey le dijo: «¿Por qué no has venido conmigo, Mifiboseth?» «Mi señor y rey, respondió, mi siervo no ha querido obedecermé, pues que estando imposibilitado de las piernas, yo le habia dicho que preparara mi borrica para seguir; y en vez de hacerlo así, ha venido á acusarme delante de mi señor. Pero por lo que hace á vos, señor mio y rey, sois como un ángel de Dios; haced de mí lo que os agrade, pues que toda la casa de mi padre no ha merecido más que la muerte por parte del rey mi señor. Sin embargo, vos me habeis colocado entre los que comen á vuestra mesa. ¿De qué podré yo quejarme con justicia? ¿Y qué motivos tendré yo para importunaros todavía?» El rey le dijo: «Basta ya, y lo que he dicho se hará; tú y Siba participad del bien.» Siba habia salido al encuentro de David, hasta el Jordan, con sus quin-

ce hijos y sus veinte siervos; habian pasado el rio para ayudar á trasportar la casa del rey y hacer todo lo que les mandara. Mifiboseth respondió á David: «Quiero que lo tenga todo, puesto que el rey ha vuelto felizmente á su casa.»

Berzellai de Galaad habia también acompañado al rey á su paso del Jordan. Era un hombre muy anciano, pues tenia ya ochenta años. Habia suministrado víveres al rey en el tiempo que él permaneció en Mahanaim, porque era muy rico. El rey le dijo entonces: «Ven conmigo para que puedas vivir tranquilo en Jerusalem.» Pero Berzellai respondió al rey: «Muchos son los años de mi vida para que yo suba con el rey á Jerusalem. Tengo ochenta años hoy. ¿Acaso mis sentidos están vigorosos para discernir entre lo dulce ó lo amargo? ¿Podrá deleitar todavía á tu siervo la comida y bebida? ¿O puedo oír yo ya la voz de los cantores y de las cantoras? ¿Por qué tu siervo ha de servir de carga al señor mi rey? Te acompañaré hasta un poco más allá del Jordan; pero ¿para qué esta recompensa? Vuestro siervo se volverá, si esto os agrada, y yo moriré en mi ciudad, y seré sepultado cerca del sepulcro de mis padres. Mas ¡oh rey y señor mio! aquí teneis á mi hijo Canaam, vuestro siervo, que os acompañará, y podeis hacer de él lo que os plazca.» El rey dijo al buen anciano: «Que venga, pues, Canaam conmigo, y yo haré por él lo que querais, y te concederé todo lo que me pidas.» Y cuando el pueblo hubo pasado el Jordan, el rey besó á Berzellai y le bendijo, y este se volvió á su morada.

Apenas habia salido David de una guerra civil, cuando estuvo á punto de caer en otra más terrible todavía. Se cruzaron algunas contestaciones entre la tribu de Judá y las otras tribus de Israel, por ver quién daría más pruebas de adhesion al rey. La de Judá, toda entera, habia acompañado al rey hasta Jerusalem, y por parte de Israel sólo habia ido la mitad del pueblo. Hé aquí el fundamento de la discordia, por lo cual, acudiendo juntos todos los de Israel al rey, le dijeron: «¿Por qué te han robado nuestros hermanos, los hombres de Judá, y han hecho pasar al rey y á su familia el Jordan, y á



toda la gente de David con él?» Y respondieron todos los hombres de Judá á los hombres de Israel: «Porque el rey nos toca más de cerca. ¿Qué motivo hay para que os enojeis por esto? ¿Acaso nos hemos comido alguna cosa del rey, ó se nos han dado algunos regalos?» Y respondieron los hombres de Israel á los hombres de Judá, y dijeron: «Diez veces más somos nosotros que vosotros respecto al rey, y más nos toca á nosotros David que á vosotros. ¿Por qué nos habeis hecho este agravio, y no se nos dió aviso antes, para que volviéramos á llevar nuestro rey?» Y los hombres de Judá respondieron con aspereza á los hombres de Israel (1).

El pueblo aparentaba no obrar en este momento más que por celo hácia David; pero parece que un tal Seba, hijo de Bochri, de la tribu de Benjamin, en la cual el nombre y casa de Saul podían todavía tener muchos partidarios, alimentaba esta envidia de las tribus; al menos de ella se valió para tramar una nueva conspiración. De repente sonó la trompeta, y dijo: «No tenemos nosotros parte en David, ni heredad en el hijo de Isai; vuélvete á tus tiendas, Israel.» Al punto las once tribus se separaron de David; sólo Judá se mantuvo fiel á David. El rey conoció el peligro, y dijo á Amasa: «Llama á todos los hombres de Judá para que en el término de tres días vengan á mí, y tú lo mismo.» Habiéndose descuidado y dejado pasar el término, dijo David á Abisai: «El hijo de Bochri nos va á causar más mal que Absalom; dáte prisa, pues, y toma las mejores tropas, y sin darle tiempo á pensarlo mucho, por temor de que se apodere de alguna ciudad.» Abisai tomó las legiones de los Ceretheos y de los Feleteos con todos los mejores soldados de Jerusalen. Joab era de este número. Junto á una roca, cerca de Gabaon, encontraron á Amasa. Joab iba á su encuentro (eran primos), y le preguntó con aire amistoso: «¿Estás bueno, hermano mio?» Y asíóle con una mano por la barba para besarle, y con la otra le clavó su espada en el cuerpo. Amasa espiró del golpe, y sus entrañas se esparcieron por el suelo.

Los que pasaban se detenían cerca de su ca-

(1) 2 Reg., 19, 40-43.

dáver ensangrentado, y se decían: «Ved aquí el que quiso ser compañero de David, suplantando á Joab.» Como estaba en el camino, todo el pueblo interrumpía la marcha por verle, hasta que un hombre, habiéndole puesto aparte y cubierto con un vestido, siguió todo el ejército á Joab contra Seba (1).

Se ve el carácter de Joab siempre el mismo: mezclado de grandes virtudes y grandes vicios. Era de aquellos que desean el bien, pero que quieren hacerle solo. Peligroso carácter si llega á dominar, porque la envidia de los ministros, siempre dispuestos á hacerse la guerra unos á otros y á sacrificarlo todo á su ambición, es una fuente inagotable de malos consejos y no ménos perjudicial que la rebelión misma.

Joab, viéndose de nuevo sin rival, continuó la guerra con vigor, y persiguió á Seba hasta los confines de la Galilea, en cuyo país se había encerrado con lo mejor de su ejército. La ciudad que Seba había elegido, pertenecía á la tribu de Neftali, se llamaba Abela, y dió más tarde el nombre de Abilina á la provincia, como se lee en el Evangelio de San Lucas (2). Joab y los suyos le sitiaron, levantaron terraplenes al rededor y minaron la muralla. Entonces una mujer de la ciudad, muy prudente, gritó á los sitiadores: «Oid, oid; decid á Joab que se aproxime, que quiero hablarle.» Joab se aproximó, y la mujer le dijo: «¿Eres tú Joab?» Este contestó: «Yo soy.» «Pues oye, dijo ella, las palabras de tu sierva.» «Ya escucho,» respondió él. Añadió ella: «Esto dice un antiguo proverbio: Los que necesiten un buen consejo, pídanle á Abela, y conseguirán su objeto. Pues qué, ¿no soy yo la que difundí la verdad en Israel, y tú pretendes arruinar una ciudad y destruir la principal ciudad de Israel? ¿Por qué destruyes la heredad de Jehová?» Joab contestó: «Lejos esté de mí semejante acción; yo no destruyo ni arruino nada. La cosa no es así, sino que un hombre de la montaña de Efraim, llamado Seba, hijo de Bochri, se ha sublevado contra el rey David. Entrégame este hombre, y

(1) 2 Reg., 201-13.

(2) Luc., 3, 1.



nos retiraremos lejos de la ciudad.» Y la mujer dijo á Joab: «Ahora mismo se arrojará su cabeza por la muralla.» En seguida se fué donde estaba todo el pueblo, y le habló con tanta cordura, que le cortaron la cabeza á Seba y se la arrojaron por la muralla. Entonces Joab mandó tocar la trompeta, y cada cual se retiró de la ciudad á su tienda. Y Joab volvió á Jerusalen al lado del rey (1).

Así terminó la revolución, sin costar más sangre que la del jefe de los rebeldes. La actividad de David salvó el Estado. Tenía razón en creer que esta segunda revolución, que procedía de un movimiento natural del pueblo y de un sentimiento de desprecio, era más temible que la que había promovido su hijo. Comprendió también cuán útil era tener un ejército aguerrido, bajo su inmediata autoridad, como el mejor remedio contra los rebeldes.

Joab quedó, pues, jefe de todo el ejército de Israel; Banaías, hijo de Joiada, mandaba á los Ceretheos y Feleteos, guardias en otro tiempo del rey; Aduramera subintendente de las tribus, y ministro en otro tiempo de Hacienda; Josafat, guardia de los archivos, probablemente lo que hoy se llama guarda-sellos; Siva, secretario; Sadoc y Abiathar, grandes sacerdotes; Ira, de Jair, en Galaad, sacerdote de David, que hoy diríamos su limosnero mayor.

David se veía castigado en su familia; Saul lo fué en la suya aun después de su muerte. Asoló al pueblo de Israel por espacio de tres años una hambre aterradora. David consultó al oráculo de Jehová, que le respondió: «Es por causa de Saul y de su casa sanguinaria, porque ha dado muerte á los gabaonitas.» Este, según ya hemos visto, no era de los hijos de Israel sino de un resto de los amorreos, á los cuales se habían unido por juramento los israelitas en la persona de Josué y de los ancianos de su tiempo. Sin embargo, Saul, con desprecio de este juramento que les garantizaba la vida, había tratado de perderles por un falso celo, como para reparar la negligencia de los hijos de Israel y de Judá. Hizo venir David á los gabaonitas, y les dijo: «¿Qué haré yo por vosotros, y

(1) 2 Reg., 20, 14-22.

qué satisfacción podré yo ofrecer para que podais bendecir la posesión de Jehová?» Los gabaonitas respondieron: «Nuestro asunto no es sobre oro, ni sobre plata, sino contra Saul y contra su casa; ni queremos que perezca hombre de Israel.» Y el rey les dijo: «¿Qué es, pues, lo que quereis que haga por vosotros?» Ellos respondieron al rey: «De tal manera debemos acabar con aquel hombre que nos estropeó y oprimió injustamente, que ni uno siquiera quede de su linaje en todos los términos de Israel.»

David se iba á hallar en un gran aprieto. Había jurado á Saul que no destruiría su raza y que no borraría su nombre; había prometido á su amigo Jonathás tener misericordia con su posteridad; también Mifiboseth comía á su mesa. Y hé aquí que para acabar con la miseria que asolaba al país, los gabaonitas le piden que extermine todo lo que quedaba de Jonathás y de Saul. Felizmente, conmovidos acaso por la angustia que se había apoderado de David, concluyeron diciendo: «Désenos al ménos siete de sus hijos para crucificarlos al Eterno en Gabaon de Saul, en otro tiempo el elegido de Jehová. El rey hallaba así medios de salvar á Mifiboseth, siguiendo el juramento que tenía hecho al Eterno. Entregó, pues, á los gabaonitas los dos hijos de Resfa, concubina de Saul, y los cinco hijos de Merob, hija de Saul, y que Micol había adoptado. Los gabaonitas les crucificaron sobre la montaña, y allí dejaron sus cuerpos suspensos hasta que la lluvia viniese á poner fin á la sequía y hambre que padecían.

Durante aquel tiempo, Resfa, hija de Aya, tomando un saco, tendióle á sus piés sobre la tierra, y permaneció desde el principio de la siega hasta que cayó sobre ellos agua del cielo; y no dejó que las aves los despedazasen de día, ni las fieras de noche. Y contaron á David lo que había hecho Resfa, hija de Aya, concubina de Saul. Y fué David y tomó los huesos de Saul, y los huesos de Jonathás su hijo, de los vecinos de Jabes Galaad, que los habían hurtado de la plaza de Bethsan, en donde los habían colgado los filisteos cuando mataron á Saul en Gelboe, como también los huesos de los que habían sido crucificados, y los hizo enterrar á todos hon-



rosamente en la tribu de Benjamin, en el sepulcro del padre de Saul (1).

Un usurpador, un tirano hubiera obrado de otra manera: se hubiese aprovechado de esta coyuntura, ó circunstancia, para haber exterminado á toda la familia de su rival; hubiera comenzado desde luego por el que pudiera tener más pretensiones á la régia autoridad, en vez de libertarle, como David hizo, y admitirle á su mesa.

Si Dios manda á veces hambre á un pueblo en castigo de un rey que ya no existe, es para enseñar á los soberanos que oprimen á los débiles, que si su poder, en tanto que les dura, parece darles impunidad, la sabiduría divina toma la venganza, tarde ó temprano, sobre ellos ó sobre su posteridad, de las violencias que se han permitido ejecutar.

Mas los filisteos movieron de nuevo guerra contra Israel, y salió David y sus gentes á pelear contra los filisteos. Y como á David faltasen las fuerzas, uno de ellos trató de herirle, cuando fué prevenido y muerto por Abisai. Entonces los servidores de David hicieron este juramento: «En adelante no saldrás con nosotros á los combates, para que no extingas la luz de Israel (2).»

Más tarde, queriendo Dios castigar á los hijos de Israel, permitió que David sucumbiese á la tentación que le sugirió Satanás, de hacer el empadronamiento del pueblo, sin que esto fuese por ningun concepto necesario y sin que en él se observase lo que prescribía la ley. Esta prohibía, bajo pena de una mortandad pública, empadronar á los individuos. Era necesario contar solamente las piezas de monedas que debia ofrecer al Eterno cada uno de los cuales por quienes se hacia este censo. Esta ley, descuidada por el rey y por el pueblo, trajo bien pronto el castigo. Joab ya tenia algun presentimiento. Encargado de este censo por el rey, le respondió: «Jehová multiplique cien veces más á su pueblo de lo que está hoy; señor mio y rey, ¿no son todos tus siervos? ¿Por qué indagar una cosa que será imputada á pecado á Israel?» El rey persistió. Joab se puso en marcha para con-

(1) 2 Reg., 24, 1-14.

(2) 2 Ibid., 21, 15-22.

tar el pueblo, desde Dan hasta Bersabée, y despues de nueve meses y veinte dias, presentó el encabezamiento de todos los hombres de guerra y ejercitados en manejar la espada que se encontraban en Israel y en Judá. Su número pasaba de millon y medio, y todavía Joab no incluía en él ni á Leví ni á Benjamin, porque ejecutaba la órden del rey de mala gana.

Apenas David recibió este encabezamiento, le remordió su corazón, y dijo á Jehová: «He pecado gravemente en este hecho; pero, ¡oh Jehová! ruégote que traspases la iniquidad de tu siervo, porque he obrado muy néciamente.

Al dia siguiente el Eterno envió el profeta Gad á decirle: «Así habla Jehová: De tres cosas te se da la opcion; elige una de estas, la que quieras que yo te envíe: ó el hambre durante tres años, ó el huir por espacio de tres meses delante de tus enemigos, ó durante tres dias la espada de Jehová, la peste en tu reino.» David dijo á Gad: «En grande apuro me veo, pero mejor es que yo caiga en las manos de Jehová, porque sus misericordias son infinitas, que no en manos de los hombres.

El Eterno envió, pues, la peste sobre Israel, y murieron, desde Dan hasta Bersabée, setenta mil personas. El angel que Dios habia enviado para herir al pueblo con esta plaga, elevado entre el cielo y la tierra, extendía ya su espada sobre Jerusalem. David se apercibió, é inclinó su rostro contra la tierra, y con él los ancianos del pueblo revestidos de cilicios. «Yo soy el que he pecado, decia á Dios, yo soy el culpable; ¿qué han hecho estas pobres ovejas? Jehová, Dios mio, vuélvase tu mano contra mí y contra la casa de mi padre; pero perdonad á vuestro pueblo.» Jehová le vió, y movido de compasion, dijo al angel exterminador: «Basta, deten tu mano.» Este permanecia encima de la era de Ornan, jebuseo, y antes de partir mandó á Gad decir á David levantase un altar en esta era.

Ornan iba á apalea el grano con sus cuatro hijos: de repente divisaron el ángel y se ocultaron de miedo; pero viendo llegar á David con su córte, Ornan salió á su encuentro, y se prosternó delante de él hasta la tierra. Habiendo sabido que el rey iba para comprarle su era, á fin de construir un altar á Jehová, quiso hacer-



le donacion de ella; pero David le pagó cincuenta siclos, erigió en ella un altar, ofreció holocaustos y hostias pacíficas. Cuando hizo su súplica, Jehová hizo descender fuego del cielo sobre el altar del holocausto, y dió sus órdenes al ángel, que volvió á colocar su espada en la vaina. Desde esta fecha, David continuó ofreciendo sacrificios sobre este altar, porque el altar de los holocaustos y el tabernáculo del testimonio que Moisés habia hecho en el desierto, estaban entonces en el alto lugar de Gabaon.

La era de Ornan estaba descubierta, segun todavía hoy es costumbre en Oriente, y aun en

algunas comarcas occidentales, se encontraba sobre el monte Moriah, en el lugar mismo en que Isaac habia sido ofrecido por Abraham; en el mismo sitio en donde Jesucristo, hijo de David y de Abraham, é hijo de Dios, fué herido por la mano de su padre, é inmolado por la salvacion del mundo. Habiendo conocido David que allí era donde el Eterno queria establecer su culto, compró por seiscientos siclos de oro los terrenos que estaban al rededor de la era; en este lugar fué donde se edificó el templo (1).

(1) 2 Reg., 24; 1 Paral., 21.